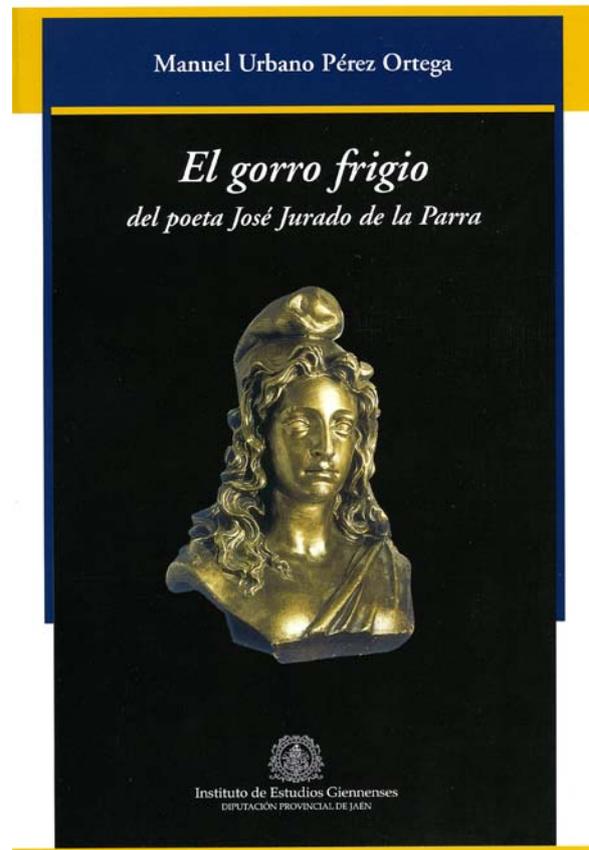


## La trayectoria vital y creadora de José Jurado de la Parra

F. Morales Lomas  
Universidad de Málaga

La amplia trayectoria como ensayista de Manuel Urbano se acrecienta cada año con nuevos estudios que conforman uno de los corpus más abundantes de la actual crítica en Andalucía, con preferencia por los autores giennenses, a los que se ha dedicado con prodigalidad, pero no sólo, pues ya en el 76 publicó un clásico del ensayo andaluz: *Andalucía en el testimonio de sus poetas*.

La última entrega del poeta y ensayista jaenés lleva por título *El gorro frigio del poeta José Jurado de la Parra* (Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 2005), un dilatado estudio con una no menor antología poética y literaria entreverada con el ensayo del olvidado escritor baezano, del que tan pocas cosas se conocían hasta que en esta obra, cercana a las cuatrocientas páginas, Urbano fija y da esplendor definitivamente al escritor y a su obra. Urbano con este ensayo sube un peldaño más en su dilatada labor ensayística y muestra el camino a seguir en la investigación literaria, un camino basado en el rigor, en el contraste de fuentes consultadas, y en el profundo afecto a los libros y los autores. Algunos, como Jurado de la Parra, en el meollo de la literatura de entonces,



amigo de Benavente, de Campoamor y de tantos otros, izquierdista y socializante, uno de los intelectuales más importantes que ha poseído Jaén en el trasiego que va del XIX al XX.

José Jurado de la Parra nació en Baeza en 1956 y probablemente falleció –sólo existen conjeturas pese a las investigaciones que realiza Urbano– en unas fechas cercanas al 14 de marzo de 1936 en la ciudad de Málaga, meses después del gran Valle-Inclán. Muy precozmente, a la edad de 14 años, se inicia en la poesía este poeta jaenés que pronto tendrá buenas relaciones literarias con Madrid y Málaga. El 21 de septiembre de 1877 realizará el examen de ingreso en el Instituto de Segunda Enseñanza de Baeza

—tarde, aunque recuperará el tiempo perdido—. Colabora entonces en la prestigiosa revista *La Semana*, donde aparecerá un trabajo suyo sobre *Cervantes*.

En esos primeros años, como dice Urbano, los valores literarios que alberga son mínimos, «aunque el poeta, ya dueño de oficio, describa en endecasílabos y en romance el ambiente de la casa de los poderosos»; siendo, sin embargo, la seguidilla doble la que lucirá con fuerza. A medida que Urbano avanza en el proceso de construcción biográfico lleva parejo el estudio de muchos de sus poemas, sobre los que va insertando comentarios diversos, unas veces de tipo técnico; otras, en orden a resumir el sentido de sus versos, siempre llevado de una labor exhaustiva que lo convierte en un ensayista meticuloso y cuidadoso del material que emplea, un ensayista que aborda al unísono la obra y la vida del autor con una resolución certera. Así dirá, por ejemplo, del poema de esta época, «La Noche Buena»: «Poesía, en suma, netamente narrativa, con aires de conseja y apólogo, bien correcta (...), repleta de vida y costumbres navideñas, donde es palpable el magisterio de Núñez de Arce y el latir, más que social, solidario». Tanto Núñez de Arce como el autor de las *Doloras*, los más laureados poetas de entonces, serán los referentes de sus versos, una lírica que se caracteriza por el dominio de la versificación, aunque con los dislates que hay en todo principiante.

No será ajeno Jurado de la Parra al florecimiento que vive la provincia entre 1882 y 1885 en Linares y Jaén, en el marco del Ateneo de la Juventud y de la Sociedad Literaria de Amigos del País, respectivamente. Será entonces acogido por los círculos poéticos y sociales, pero también será admitido en *La Ilustración Española y Americana* con la publicación de un texto poético el quince de julio de 1882. Sonetos de diverso tipo, con raigambre histórica, democráticos y racionalistas, a veces retórico o pretendidamente ampuloso, va forjando la creación del escritor baezano, que pronto se deja llevar de la modernidad de escritores como Bécquer y Campoamor: «Mueve aprisa reloj, mueve/ Tu manecilla fatal/ Que ella me espera a las nueve;/ Aprisa, aprisa,

sé breve/ Para que acabe mi mal». Un poeta al que enaltecerá en un momento determinado diciendo que «Campoamor háme dado estética y preceptiva». De esa época son una serie de sonetos dedicados a las provincias andaluzas y que Urbano considera que «bien pudiera emparentarse con la posterior poesía de Manuel Machado». Pronto colabora en *El Eco Minero*, portavoz del Ateneo de la Juventud. Profundiza Urbano en su extenso poema *Diego*, quinientos cincuenta y ocho versos del gusto de Núñez de Arce y del gaditano Velarde, que le dio bastante éxito en su momento.

En torno a estas fechas de publicación de una de sus obras más conocidas, fijará su residencia en Granada, colaborando en *El Defensor de Granada* y *El noticiero*, siendo muy reconocido como poeta y participando en actos de homenaje a escritores, como al de Manuel Fernández y González con su oda de doscientos treinta y ocho versos y, fundamentalmente, en la coronación de José Zorrilla en la ciudad de La Alhambra, siendo designado por el Liceo para «acompañar al señor Zorrilla y atender las necesidades de su persona y casa» hasta el punto de que son constantes los detalles de afecto de Zorrilla hacia el poeta baezano como cuando escribió en «Nombramiento del rey de los duendes»: «A don José Jurado de la Parra,/ que en nuestra real coronación de gorra/ se portó de manera tan bizarra,/ que a todo impertinente envió a la porra/ dejándole a la puerta hecho un panarra».

Poco tiempo después, y bajo el padrinazgo de Ramón de Campoamor (con el que tenía buenas relaciones personales y laborales), Jurado de la Parra se instala en Madrid y comienza a publicar en *El Heraldo de Madrid* y *La Ilustración Española y Americana*, llevando a tener una buena amistad con Manuel Reina, Arturo Reyes y Jacinto Benavente, que le dedicará su célebre *Gente conocida*. También estrenará Jurado una obra que lleva el mismo título que la de Arturo Reyes, *Cartuchera*, en cuya novela se inspiró para hacer su pieza teatral. También al autor malagueño dedicará su composición «Íntima», compuesta por treinta tercetos endecasílabos, y otros a Manuel Reina, como el que dice: «El regalado ritmo de tu estro-

fa/ Llegó a mi corazón, noble poeta,/ Grabado en él, con su buril de fuego,/ La música y al luz y los colores/ De nuestra esplendorosa Andalucía».

Su estancia en Madrid es el período de consolidación como escritor, poeta y dramaturgo, por diversas razones y, fundamentalmente, por estar en la <pomada> de todo lo que se hacía en Madrid entonces. Uno de los acontecimientos más importantes será su relación con la revista *Germinal* (de cuyo grupo inicial formó parte), que dirigía Joaquín Dicenta, y estaba animada por ideas socializantes y otras que procedían directamente del naturalismo francés, vía Zola. En ella ingresará sustituyendo en el número décimo tercero a Valle-Inclán o Félix Limendoux. Ya decía Clarín que la gente de *Germinal* es la gente nueva y el núcleo director lo formaban junto a Jurado de la Parra, Benavente, Dicenta, Bark, Fuente, Delorme y Palomero, unos hombres que aceptan en la política «el puesto que la opinión les ha indicado, que es el de la extrema izquierda, bajo la denominación de la Unión Republicana Socialista, y en el arte son decididamente partidarios del naturalismo de Zola, socialista y positivista». Sus ideas de compromiso social en literatura y de inequívoco valor humanista, revolucionario, radical e igualitario, se pueden apreciar en el fragmento de *De antaño y de ogaño*: «No ajeno a las hondas luchas/ del mundo que le rodea,/ ni indiferente o callado/ ha de vivir el poeta,/ cuando mira desquiciarse,/ del progreso a la carrera, / los carcomidos soportes/ de una sociedad decrepita (...) Cantad, cantad, que la musa/ humanizándose, venga/ hasta las hondas entrañas/ en donde el cáncer se ostenta,/ para extirpar sus raíces,/ que debilitan y enferman/ el espíritu del hombre/ y del arte las tendencias».

Otro de los poetas netamente político de la época es el soneto «Germinal», que supone un claro reconocimiento del naturalismo literario y la revolución francesa o la influencia de la tradición romántica y campoamoriana, también en poemas como «Contigo y sin ti», o el titulado «Venga el diluvio», dedicado a Pablo Iglesias, entre otros: «Siga la guerra que encendió la odiada/ y odiosa turba que en España impera...». Su poesía anticlerical, cáustica e incisiva es evi-

dente también durante estos años de *Germinal* y *Vida Nueva*, como el titulado «Al Sr. Obispo de Cartagena», o las traducciones de otros autores extranjeros en *La Época*. También lo hará en otras como *La pluma y la espada* y *La Vida Galante*, que sucederá a *Germinal* y dirigirá Zamacois, donde se llevará a cabo una curiosa mezcla de socialismo y erotismo.

Es por entonces, cuando José Jurado de la Parra alcanza cierta notoriedad como poeta, como recuerda un crítico de la época, y es considerado como miembro de una generación «próxima a entrar vencedora en el templo de la Fama». De hecho será uno de los más asiduos componentes de la tertulia *El Gato Negro*, que presidiera su amigo Jacinto Benavente. Por entonces lleva a cabo múltiples versiones teatrales de autores extranjeros, como *Lorenzaccio* de Alfred de Musset, *La hija de Jefte* de Cavallotti, *El gobernador de Urbequieta* de León Gaudillot, *Monna Vanna* de Maeterlinck, *Los bandidos* de Schiller o *El perdón de Lamaître*... Pero también hay que destacar sus propias creaciones teatrales como *Sinceridad* (que fue precisamente editado en Málaga por la Impta. Velasco en 1896, *Cartucherita*, inspirado en la novela de su amigo Arturo Reyes, *Don Juan de Austria* (con música del maestro Chapí) y dedicada a Jacinto Benavente; con esta se inaugura uno de los quinquenios más brillantes en su trayectoria teatral, llegando a estrenar cuatro obras en 1905, aunque, como recuerda Urbano, cayó «paulatinamente su presencia escénica con la práctica conclusión del decenio». Otras de sus obras importantes será *El eterno burlador*, *Viaje de incógnito*, *Los apaches*, *En boda acaba*, *El alcalde Cantillan*, *El justo medio*, *La de Bringas* (de título procedente de Galdós); aparte de múltiples adaptaciones y traducciones. También escribió el «texto jocoserio que pone de relieve el gran conocimiento que el baezano posee de los protagonistas de la escena española», *Los del Teatro*.

Con el devenir nuevo siglo y la trascendencia del modernismo y el simbolismo, Jurado se adapta a la nueva situación, pero no abandonará el concepto de poesía como compromiso cívico y, cómo no, de denuncia hacia el altar y el trono, como se puede ver en su poema «Clerecía»,

donde denunciará el afán recaudatorio de la Iglesia: «Van a infinitas bulas, infinitos reales/ la púrpura cobija curialescos venales,/ y a trueco de las gracias y de bienes celestiales,/ allí se está al disfrute de cosas temporales». Pero quizá uno de los poemas simbólicos es el titulado «Tríptico», dedicado a Zorrilla, Campoamor y Benaventes, tres escritores a los que siguió y con los que se sentiría en deuda. Participa en *Los lunes del Imparcial* y publica *Los odres viejos*, libro de poemas que plantea a Urbano la siguiente pregunta: «¿Se estaba, contradictoriamente, planteando la adscripción al modernismo triunfante?». Sí, se responde Urbano, aunque esta incorporación no será definitiva y pronto volverá los ojos hacia los clásicos.

Hacia los años 20 influirá en el poeta González Anaya para escribir su novela *Nido real de gavilanes* y ensaya un nuevo metro el eneasílabo en estrofas eufónicas, llenas de lujo y sensualidad. Dedicará un poema a Rubén Darío, escribirá «Sonatina», que publica en *La Esfera* y se evidencia, como dice Urbano, «la sonoridad del verso, la valiente belleza de las metáforas e imágenes». De esta etapa modernista, el poema más ambicioso es «El ópalo de los Médicis», un texto de doscientos cincuenta y cuatro versos donde se narra la historia en la Florencia renacentista de Blanca Cappello y los hermanos Francisco y Fernando de Médicis, texto que remitirá a Blasco Ibáñez en su exilio francés. Pero toda esta poesía modernista es anterior a finales de los veinte, que es la fecha (en torno a 1928) de su instalación en Málaga, pues ya en esta ciudad (y hasta el final de su vida) «le inducirá a una militancia ideológica y literaria (...) más afines a sus primeras etapas madrileñas».

Mantendrá relación con los escritores malagueños González Anaya, José Carlos de Luna, Díaz de Escovar... Sin embargo, Jurado de la Peña no se adaptará a la lírica que por entonces escriben Alberti y otros, por ejemplo, al portero Platko: «Jurado, que supo, más o menos acompañado con los tiempos, acercarse a los distintos movimientos, no acepta ahora la estética que se

impone y, es más, como veremos su lira tornará a las formas más ancladas del pasado». Volverá, pues, a la militancia política y al clasicismo; fruto de ello es el poema más ambicioso de esta nueva etapa: «Del desastre»: «El político histrión, pone en su labios/ el nombre de la Patria, como único/ alarde de una apócrifa bandera/ a cuyo engaño, su fecundo suelo/ con avarienta deglución, esquilma». También seguirá zahiriendo al poder eclesial con un poema, «Glosa de glosas», y volverá a Horacio y su *beatus ille*.

En la ciudad malagueña, Jurado militará en el partido de mayor arraigo en la ciudad, que luego desembocará en el Partido Radical de Lerroux, al que seguirá fiel hasta el final. Pero es un poema fechado en Málaga en 1930, «Epístola geórgica», donde se observa que ha abjurado ya del modernismo y hace fe de profesión republicana y le advierte a su amigo José Estrada y Estrada de las pocas cotas de aceptación de Alfonso XIII. Pero es de 1933, y también en Málaga, cuando está datado el poema «Idus Augusti», uno de sus más horacianos y dedicado a su amigo González Anaya. Más tarde de 1935 es «Canes ad astra», dedicado a su amigo Alberto Insúa.

Le sorprende a Urbano que con ochenta años de edad y apartado del ámbito poético y literario, José Jurado afronta la recopilación de sus poesías en *De antaño y de ogaño*, pero le critica su falta de orden cronológico, temático o estético, y se pregunta por estas razones. También hace referencia a un autorretrato publicado en 1927 en *La Esfera*, donde refiere la buena estima en que se tenía nuestro poeta, tildándose de bueno, generoso y poseedor de la dicha de no envidiar.

Con esta enorme causa a la literatura de finales del XIX y comienzos del XX, Urbano lleva a cabo un trabajo riguroso, serio, de gran profundidad y, como decíamos, indica el camino a seguir a los investigadores que sigan esta estela de Jurado de la Parra, un escritor, que como tantos otros, estuvo en el primer plano de la actualidad literaria y su figura desapareció para ser extraordinariamente recuperada por mor del buen hacer de Manuel Urbano.

Se acabó de imprimir este nº 4 del *ELUCIDARIO*  
el día 24 de septiembre de 2007  
festividad de Ntra. Sra. de la Merced  
en los talleres gráficos  
de Soproargra, S.A.  
en Jaén

